

Al alba te busqué,
entre sueños infantiles
madrugando al Este
al paso del solsticio
en la mañana sanjuanera.
Luz nueva que viste la Tierra,
que las cosas hace nuevas,
con anaranjados arreboles matutinos
que tiñen de martirio
el ramón del olivar.

Desde la campiña,
mirada al cielo,
mis pequeñas manos
querían alcanzar tu rueda,
rueda de Santa Catalina mártir,
guardiana de castillos y atalayas,
patrona de jóvenes, doncellas,
de filósofos, teólogos,
universidades y bibliotecas.

Y encontré tu imagen
en la altura, encastillada,
envuelta en blasones,
fiel custodia de un Jaén
victorioso en batallas.

En el otoño de nuestras vidas,
Jaén te rescata del silo de tu morada,
como siembra esperanzadora
de una semilla martirial
que en fe primaveral
sus frutos por los siglos da.

Subamos un año más
al Cerro de la Cruz,
como hicieron nuestros mayores,
aquellos que nos legaron
lo que hoy es
esta bella ciudad de luz.

Rindamos veneración
a la Santa flor de Alejandría
comencemos, pues el pregón
que un año más, Jaén,
cumple la tradición,
a Catalina la mártir,
en su Fiesta y Romería.

Hermano Mayor, D. José Erena Pulido, y Junta de Gobierno de la
Real e Ilustre Cofradía de Santa Catalina de Alejandría, Patrona de
Jaén,

D. José Paulano, Presidente de la Agrupación de hermandades y
cofradías de la ciudad de Jaén.

Gobernadores, hermanos mayores, y juntas de gobierno de las
distintas cofradías representadas aquí en este acto.

Concejales del del Excmo. Ayuntamiento de Jaén.

D. Víctor García Gónez, pregonero antecesor de Santa Catalina de
Alejandría.

Amigos que en esta mañana os habéis desplazado desde diversos
lugares de la geografía provincial: Arjonilla, Torres, Albanchez de
Mágina, y Valedepeñas de Jaén.

Cofrades, señoras y señores, hermanos todos en el Señor:

Me abruman las palabras que D. Víctor-Manuel García Gómez, mi
ilustre antecesor, me ha dirigido para presentarme aquí en este
histórico teatro, escenario de la cultura de un Jaén que sabe

guardar en el arca sus más preciados tesoros de su patrimonio, entre los cuales está su devoción a Santa Catalina de Alejandría.

Todo lo que has dicho sobre mí, hay que unirlo a las siguientes palabras del Evangelio que contemplábamos hace unos días: “De igual modo, vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer”.

Este escenario ha sido testigo del paso de toda una galería de hombres y mujeres eruditos en el arte de pregonar, personalidades de reconocido prestigio, que han jalonado la galería de ilustres de la cultura jienense, en cuyas raíces históricas, sin lugar a dudas, hay que contar con la tradición en torno a la Santa de Alejandría.

Frente a ellos, en esta mañana de otoño, Día de la Iglesia Diocesana, víspera de la fiesta multiseular, un joven cura de pueblo, tiene el cometido de pregonar la solemnidad de quien venció a los filósofos de su época, rubricó con su sangre la fe en Cristo e intercede por esta ciudad desde el Alcázar de su Cerro, a lo largo del tiempo en el que la Santa Cruz se erige como mástil que afronta los vientos tempestuosos de la historia.

No diré que soy indigno de tal cometido. De entre quienes han compartido camino a mi lado, un buen amigo compañero de seminario me dijo un día: “Si no eres digno, qué haces aquí?”. Cierto es, que a veces pretendemos mostrarnos humildes en palabras, cuando los hechos testimonian lo contrario.

No puedo decir que soy indigno de pregonar a la Santa Co-patrona de esta noble ciudad, cuando el Altísimo me consideró digno de confianza regalándome el ministerio sacerdotal, pero sí es lógico el vértigo de quien se asoma por estas alturas, precedido de ilustres, que alumbran desde el candelero a la cultura y a la sociedad de Jaén.

Agradezco profundamente a mi buen amigo D. Rafael Cañada Quesada, quien pensó en mí para este pregón. Junto a él, he

compartido algunas horas de investigación entre los fríos muros del antiguo Convento dominico de Santa Catalina, Archivo Histórico Provincial, y las galerías altas de nuestra Catedral, en jornadas completas dedicadas a desempolvar viejos y amarillentos papeles. Él enlazando ramas de los apellidos de abolengo, yo entresacando las pequeñas teselas del gran mosaico inacabado de la Historia de mi pueblo.

Agradecido estoy, también, a la La Junta de Gobierno de la Real Cofradía de Santa Catalina, quienes han realizado un verdadero ejercicio de confianza sobre mi persona, y a los que felicito, porque determinaron que en este Año de la Fe en el que la Iglesia reflexiona sobre su misma raíz, sea un sacerdote, aún sin ser el primero entre vuestros pregoneros, el que tenga el honor de alabar a la santa mártir Catalina, en su fiesta patronal de la capital del Santo Reino.

En el año en el que la fortificación del Cerro de Santa Catalina fue declarado Conjunto histórico artístico, nací en esta bella ciudad de luz, Clínica de Cristo Rey, por el mes de mayo, sin embargo el solar familiar, correspondía a uno de los pueblos más singulares de nuestra provincia, en lo que a urbanismo regionalista se refiere. A espaldas de la casa en la que vio la primera luz el filósofo jiennense más universal, D. Manuel García Morente, disfruté de una infancia en la que, a la sombra de la aguja-chapitel del campanario arjonillero, bebía de antiguas tradiciones como el toque de ánimas en la noche, las procesiones infantiles de la Santa Cruz por el mes de mayo, el ejercicio de las flores en el colegio... últimos retazos de un tiempo de catolicismo oficial, que recuerdo como una etapa gris que se prolongó hasta la década de los ochenta.

Ya lo he mencionado en el pórtico de este pregón. Fueron mis mayores los que me enseñaron aquella tradición, que afirmaba que al amanecer del día de San Juan, se podía contemplar en torno al sol, la llamada "Corona de Santa Catalina". Algún año de mi infancia, pretendí incluso levantarme temprano para ver la corona, e incluso en mi juventud, en tiempos de exámenes, busqué el

fenómeno solar, preguntándome ya en aquel tiempo, qué tendría que ver Santa Catalina con San Juan.

A edad temprana, despertaba al conocimiento del pasado, envuelto entre leyendas y antiguos cronicones. Aquel viejo castillo, cuya palmera fue objeto de contemplación por los poetas, atesoraba el solar de la antigua capilla de Santa Catalina. Así quisieron nuestros antecesores en la fe cristiana dedicar a la mártir de Alejandría, buena parte de las fortalezas medievales, iglesias, ermitas y oratorios. Todo un símbolo del firme apoyo que en tiempos de crisis, los cristianos podemos tener en el ejemplo de los mártires.

La memoria se fija en la niñez y nos da identidad. En la vida, caminamos con el niño que fuimos. Lo primero que se aprende es lo último que se se olvida, y según se pierden recuerdos, uno se despide de sí mismo. A nuestra infancia hemos de volver, ahí está la raíz de la memoria. A veces, la infancia nos escribe una tarjeta postal y nos interroga: ¿Te acuerdas?, y la postal que me envía en estos días, es la siguiente:

Entre los viajes, que de pequeño pude hacer a la capital -toda una proeza- en aquel tiempo, recuerdo aquel día que mi padre me llevó a ver la fortaleza del Cerro de Santa Catalina. En mi retina quedó impresa la visión de aquella capilla de arcos medievales, de vistosos pendones que colgaban de sus muros y dejaban entrever la imagen de la Santa que mostraba sus dorados estofados, a través de la reja y cristales, desde las jambas del lugar santo.

Me eduqué en un colegio de enseñanza primaria, cuyo titular fue el filósofo vencido por la Verdad, desde el esplendor de la belleza. Aquel que es recordado más por su filosofar que por su ser sacerdote, cuyo busto en su pueblo natal muestra muceta en lugar de sotana, aquel que profesando el ateísmo en la Facultad, se rindió finalmente:

“Que nadie se engañe. Si alguno de vosotros se cree sabio en este mundo, que se haga necio para llegar a ser sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios, como está escrito: Él caza a los sabios en su astucia. Y también: El Señor penetra los

pensamientos de los sabios y conoce que son vanos. Así, pues, que nadie se gloríe en los hombres, pues todo es vuestro: Pablo, Apolo, Cefas, el mundo, la vida, la muerte, lo presente, lo futuro. Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios.”

De mi pueblo, la ciudad cuna del Rey Alhamar, y desde allí, a la ciudad entregada por el mismo monarca nazarí a Fernando III. Un primer año, en el lugar donde la fuente rezaba “Peña me fecit”, cumpliéndose el dicho “A quien Dios quiso bien, casa le dio en Jaén”. Desde aquel barrio, se contemplan las murallas y torreones de Santa Catalina en toda su amplitud, y en la noche, la Cruz de San Fernando, casi suspendida en el velo de la noche, ilumina la oscuridad en una eterna fuente que mana, para las tierras del que pasó por estos sotos con presura.

Desde aquella casa con patio y jazmín, comencé a ser aprendiz de historiador. Cada día, me dirigía a la Universidad a pie, desgranando las cuentas del rezo que más agrada a la Santísima Virgen María, para luego adentrarme en las aulas, donde nos instruían algunos académicos acerca del materialismo, de suerte que otros, apuntaban ya caminos de liberación frente al dogmatismo imperante, y otros, como el profesor D. Luis Coronas Tejada, nos deleitaban con el glorioso pasado del Jaén de la modernidad.

Lo hacía, D. Luis, con el respeto que se debe a la Historia, sin ese revisionismo patológico que pone en duda los grandes relatos del pasado. Se creen nuestros coetáneos historiadores que son modernos en la crítica historiográfica, cuando toda esta corriente la arrastramos desde las luces de aquel siglo que puso más sombras que otra cosa, sobre las antiguas narraciones que pertenecen a nuestro ser más profundo.

De la historia de nuestra Santa, podríamos decir que viene envuelta en la leyenda. Pero no nos precipitemos: La leyenda tiene un alto componente de Verdad. La gran novelista Emilia Pardo Bazán, en su última novela “Dulce dueño”, sobre la vida de nuestra mártir alejandrina, iniciaba el relato hagiográfico con esta escena:

“En sillones forrados de yute desteñado, ocupan puesto alrededor de la mesa tres personas. Una mujer, joven, pelinegra, envuelta en el crespón inglés de los lutos rigurosos. Un vejezuelo vivaracho, seco como una nuez. Un sacerdote cincuentón, relleno, con sotana de mucho reluz, tersa sobre el esternón bombeado.

-¿Leo o no la historia? -urge el eclesiástico, agitando un rollo de papel.

-La patraña -critica el seglar.

-La leyenda -corrige la enlutada- Cuanto antes, señor magistral. Deseando estoy saber algo de mi patrona.

-Pues lo sabrás... Es decir, en estos asuntos, ya se te alcanza que las noticias rigurosamente históricas no son copiosas. Hay que emitir alguna suposición, siempre razonada, en los puntos dudosos. Yo someto mi trabajo a la decisión de nuestra Santa Madre la Iglesia. Vamos, la sometería si se hubiese de publicar. Aquí entre nosotros, aunque adorne un poco... En no alterando la esencia... Y saltaré mucho, evitando prolijidades. Y a veces no leeré; conversaremos....”

Aquella, que hundió la espada de la Verdad sobre las filosofías de la cultura de la gran Alejandría, haciendo vida las palabras del Evangelio

“Yo pondré las palabras en vuestra boca, y una sabiduría a la que no podrán resistir, ni contradecir todos vuestros enemigos” (Lc 21,15), hoy tiene que enfrentarse nuevamente, a la sospecha que levantan los ismos del pensamiento postmoderno sobre su propia vida.

Su legendaria historia surge a través de redacciones antiguas en distintas lenguas: griego, latín, árabe. En torno a los siglos VI-VII, se forja el relato hagiográfico en Oriente, siendo la santa más popular en la Edad Media, aumentando el número de las Iglesias a ella dedicadas. En nuestro mundo occidental, a partir del siglo XII, las narraciones, poemas e incluso obras teatrales sobre Santa Catalina, son cada vez más frecuentes y el arte la representa a través de los maestros de la pintura universal: Rafael y Caravaggio.

Un jesuita, el Padre Hernando de Ávila, malagueño de nacimiento, escribió una “Comedia de Santa Catalina”, dentro de las obras teatrales escolares de la compañía de Jesús, una obra escrita en castellano y latín. Nuestra patrona, se presenta en la obra de esta manera:

*Cuanto a mi ser natural,
mujer soy flaca y mortal;
es mi nombre Catarina,
mi nación Alejandrina,
y mi linaje real.*

*Yo desciendo de los Reyes
que en la egipcia monarquía,
sin fuerza de tiranía,
establecieron las leyes
que hoy conserva Alejandría.*

*Soy hija y no la menor del gran Costa
Emperador que gobernando este imperio
fue en el real ministerio
tu segundo antecesor.*

*Mi ejercicio es estudiar Lógica, Filosofía, Retórica,
Geometría con deseo de alcanzar perfecta sabiduría.*

*Mi Religión no es profana,
ni mi fe, ni mi ley vana, pues como he dicho,
y has visto soy sierva de Jesuchristo,
y así, en profesión, cristiana.*

*Esta divisa gloriosa es mi gloria y mi tesoro;
a solo aquel Dios adoro que me escogió por esposa
dándome este anillo de oro.*

Nuestra Santa de Alejandría, triplemente coronada por sabia, por virgen y por mártir, se nos muestra como una bella alegoría del ambiente religioso e intelectual de su época, el siglo IV. Volviendo a la obra de Pardo Bazán, se nos dice acerca del momento oportuno, de la ocasión para armonizar saber con sentimiento, la filosofía y fe:

“Alejandría, por entonces, fue el punto en que el paganismo se hizo fuerte contra las ideas nuevas... No ignoran ustedes los anales de aquella ciudad singularísima, desde que la fundó Alejandro... el primer rey de la dinastía Lágida, aquel Tolomeo Sotero, tan dispuesto para todo, al instituir la célebre Escuela, hizo de Alejandría el foco de la cultura. La hegemonía alejandrina duró más que la de Atenas, y si bajo la dominación romana sus pensadores se convirtieron en sofistas, tal fenómeno se ha podido observar igualmente en otras escuelas y en otros países.”

“... griegos y judíos, andaban en Alejandría, a la greña continuamente. Con el advenimiento de los cristianos se complicó el asunto. La confusión de sectas y teologías hízose formidable... En tal época, cuando el cristianismo aún suscitaba odio y desprecio, despunta la personalidad de Catalina...”

“... Esta mujer es de su tiempo, y en otro siglo no se concibe. Y su tiempo era de pedantería y de cejas quemadas a la luz de la lámpara. En Egipto, las mujeres se dedicaban al estudio como los hombres, y hubo reinas y poetisas notables... No extrañemos que Catalina profundizase ciencias y letras... Se educó entre delicias y mimos, en pie de princesa altanera, entendida y desdeñosa...”

En dirección al raud

al de la Magdalena, durante las frías mañanas de invierno, “Sapere aude”, ¡atrévete a saber!, en busca de fuentes de aguas puras, los años de postgrado como doctorando de la Universidad pasé largo tiempo en el Real Convento de Santo Domingo, fundado en el año 1382, que fue sede de la Universidad de Santa Catalina, y en la última década del siglo pasado, se convirtió en Archivo Histórico Provincial. Las galerías del claustro y sus cipreses invitaban a leer los amarillentos legajos como si aquellos pequeños fragmentos de historia cotidiana tuviesen valor de eternidad. Casi desapercibida, en lo angosto de la calle, Santa Catalina custodiaba la puerta de quienes entrábamos en aquel lugar para entresacar pequeñas verdades del pasado buscando la gran Verdad de lo que hoy somos.

En esos vericuetos andaba, cuando tuve la oportunidad, con permiso de la madre Priora, de entrar en la clausura del Monasterio de Santa Teresa de Jesús, carmelitas descalzas, para catalogar los “papeles viejos” del arca que custodia la Comunidad en la biblioteca. Allí una mujer, de mirada profunda, comenzó a despertar en mí el interrogante que cambiaría el rumbo de mi vida.

Las santas mujeres cuyas alabanzas proclaman la Escritura, la mujer que se caracteriza por su entereza, que es capaz de afrontar las pruebas de la vida, que educa a sus hijos superando mil dificultades, la mujer, con frecuencia abandonada, que sale adelante sola, luchando a brazo partido. La fortaleza de la mujer, reside en sus virtudes. El libro de los Proverbios canta las alabanzas de la mujer virtuosa, aquella que “da comida a los suyos”, no sólo en sentido material, sino también en un sentido espiritual.

Majencio, el emperador, tuvo la capital durante algún tiempo en Alejandría. En su tiempo habían tomado fuerza de nuevo las persecuciones contra los cristianos. En la ciudad del famoso Faro, celebró grandes fiestas y publicó un edicto mandando sacrificar animales en honor a los dioses.

Y aquí es donde nuestra Santa, con toda entereza, se manifestó en público contra esta orden. El Señor, que confunde a los sabios y entendidos, y manifiesta su fuerza en la debilidad, por medio de aquella doncella convirtió a la fe de Cristo a miembros de la corte imperial que fueron martirizados. Ella se defendía con estas palabras:

Niego ser dioses Júpiter,
Neptuno, Mercurio,
Pallas, Marte, Baco, Apolo;
sólo confieso un Dios que es trino y uno.
Mi Dios en la tristeza da el contento,
en medio de la hartura
más hartura y mayor deleite
en el mayor tormento.
En triste soledad,

en amargura de cuerpo y alma,
en todo desamparo halló el Profeta alivio,
pan, dulzura.
Halló su pueblo en medio del mar reparo;
en piedras, agua;
en noche, luz y guía;
y cuando más perseguidos, más amparo.

Y según prosigue la comedia de Hernando de Ávila, Majencio le conminó: *“No seas tan necia y loca, que oses tomar en la boca aquel que murió en la Cruz”* A lo cual respondió Catalina:

Sí, murió por mí, y por vos,
pero, Señor, no os asombre
que tenga inmortal renombre
quien murió no en cuanto Dios
sino sólo en cuanto hombre.
No voy por ciego camino,
ni penséis que desatino,
porque sé que es hombre
y Dios con naturalezas dos
en un supuesto divino.

Desde la Cruz del cerro, lugar donde poder contemplar la ciudad señalando sus torres y campanarios, las callejuelas apiñadas, y las nuevas avenidas, desde el espinazo que divide en dos el paisaje de la urbe, señalando al sur, un buen amigo me dijo: “Ahí tienes tu casa”. Siete años en el barrio de San Felipe, calle Juan Montilla nº 1, frente a la Parroquia, sede canónica de la Cofradía de Santa Catalina.

En aquella casa centenaria, lugar que responde a la pregunta de los discípulos “Maestro, ¿donde vives?”, comenzó a forjarse lo que hoy soy como sacerdote. Lo hice en un tiempo en el que me hice más jaenero, participando de sus fiestas y tradiciones: la carrera y lumbre por San Antón, Semana Santa, Fiestas de la Virgen de la Capilla, Corpus Chirsti, y las propias celebraciones de la Diócesis: La Dedicación de la Catedral, San Eufrasio, así como la liturgia

propia de los mártires en la Solemnidad de Santa Catalina, señalada así por el calendario para la ciudad de Jaén.

Recuerdo que era el actual Delegado episcopal de Hermandades y Cofradías, el Rvdo. D. José Lopez Chica, entonces Vicerrector del Seminario Diocesano, el que con tono solemne, cada 25 de Noviembre apostillaba la obligatoriedad del rezo de Laudes perteneciente al común de mártires. En aquel pequeño armonio, hacía yo sonar entonces los acordes:

*Palabra del Señor ya rubricada
es la vida del mártir ofrecida
como una prueba fiel de que la espada
no puede ya truncar la fe vivida.*

*Martirio es el dolor de cada día,
si en Cristo y con amor es aceptado,
fuego lento de amor que, en la alegría
de servir al Señor, es consumado.*

La vida de los mártires, ha de suscitar en nosotros la imitación de las tres virtudes teologales:

Fortaleza en la Fe: Si en el tiempo de Santa Catalina, la fe cristiana tuvo que abrirse paso entre el paganismo, hoy la secularización nos ataca en cuanto a la fuerza de nuestra adhesión. Hoy, podemos tener “cierta” fe envuelta en dudas, porque una fe firme sería sospechosa de fanatismo, y podríamos identificar la tibieza y la mediocridad con la prudencia. Los mártires testimonian que hay ideales demasiado valiosos como para regatear su precio. Ellos prefirieron morir antes que sacrificar la Verdad.

Seguridad en la Esperanza: Los mártires son el mejor recordatorio de nuestra vocación a la eternidad: ¡somos ciudadanos del cielo!. “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida?”

Constancia en el Amor: Los mártires hicieron vida las palabras de San Pablo: “No os dejéis vencer por el mal; antes bien, venced el

mal a fuerza de bien". La ira, el odio y la venganza hubiesen sido las reacciones previsibles ante la injusticia de la que eran objeto. Sin embargo, estos héroes de la caridad rompieron la dinámica del mal, con la lógica del Evangelio: "Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persigan, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen eso mismo los paganos?"

Cuando vemos a los mártires morir perdonando a sus verdugos, a imitación de Jesucristo en la Cruz, tenemos una ocasión inmejorable para convencernos de que lo peor no es padecer el mal, sino que el mal nos haga su cómplice. El amor es más fuerte que el odio, que el pecado y hasta que la misma muerte.

Eterno y sumo Señor,
ante cuyo resplandor
el claro sol luce poco,
a ti llamo y a ti invoco
para que me des favor.
Inmensas gracias te doy,
Jesús mío y gloria mía;
tú eres mi norte y mi guía;
espérame que ya voy
a gozar tu compañía.
Espíritus soberanos,
celestiales cortesanos
a quien el cielo piadoso
por méritos de mi esposo
a hecho nuestros hermanos.
Para este trance os invoco
donde estoy necesitada
de vuestra ayuda sagrada,

que sin ella puedo poco
y sin la de *Cristo*, nada.
En tanto que me compongo
y que mi cerviz dispongo
para el golpe riguroso
que a de darme fin glorioso,
en vuestras manos me pongo.
Esposo del alma mía,
mi estrella, mi norte y guía,
espejo en que yo me miro,
divino blanco a que tiro
y centro de mi alegría.
Al rayo de vuestra luz
a voz tiro en campo franco,
ni quedará el brazo manco
cuando os tire pues que
en cruz tengo enclavado mi blanco.

Que *vuestra* suma aficción
os dio tal disposición
que con un solo suspiro
hace el alma
cierto tiro
con que os clava el corazón.
De *vuestro* vital aliento
dadme una prenda sabrosa
con esa boca amorosa
que este grande atrevimiento
me da el ver que soy esposa.
Que en ese leño precioso
como en tálamo precioso
tenéis abiertos los brazos
de amorosísimo esposo.
¡O boca, o labios divinos!
Mucho pido y sin razón,
perdonad a mi aficción,
que amorosos desatinos

merecen algún perdón.
Siquiera, divinos brazos,
echadme amorosos lazos
porque ya a vosotros llego
y así humildemente os ruego
me admitáis a esos brazos.
Dadme *vuestra* bendición
en este trance postrero que,
aunque estáis en el madero,
el darla de corazón
no lo impide el clavo fiero.
Y de esta divina fuente
de *vuestro* costado ardiente
dadme un trago dulce
y largo para endulzar este amargo
que con la muerte se siente.

En las noches oscuras, desde San Felipe se contempla la fábrica Catedral como un ascua de oro. Su Cúpula llamaba mi atención en los largos días en los que soñaba el día que bajo su linterna, fuese ordenado sacerdote, para el servicio de la Iglesia, cuya casa madre me hacía evocar la Jerusalén celeste. El gran Bernardo López compuso un poema en el que tres figuras alegóricas intercambian opiniones en torno a la construcción del templo. El Arte y la Fe vencen con su argumentación a la Duda, y uniendo sus fuerzas es erigido el gran monumento que perdurará a lo largo de los siglos:

Los años pasando van,
y el templo su mole ostenta;
lo que por Dios se sustenta
los años no lo hundirán.

Corren y corren edades
junto a la Iglesia grandiosa;
por su cúpula ostentosa
resbalan las tempestades,

Y eterna y firme levanta

su continente sereno;
ni la hace temblar el trueno,
ni la muerte la quebranta.

Y es porque la alta piedad
los frutos del bien aprueba;
y lo que por Dios se eleva,
tiene luz de eternidad.

Eternidad...

La Passio sancte Katerine (“Ut super omne melos”), compuesta por un tal Ricardo de Cantorbéry, allá por el siglo XII, narra el martirio de Santa Catalina: *con cuatro ruedas con cuchillos puntiagudos, pero Catalina fue liberada por un ángel. Las ruedas mataron a cuatro mil personas que asistían al martirio. La reina fue decapitada. Porfirio también fue decapitado.*

Catalina, después de implorar al Señor, fue decapitada. Su cuerpo se iluminó angélicamente y en vez de sangre derramó leche. Era el 25 de Noviembre. Jesucristo hizo transportar su cuerpo al monte Sinaí.

Leche, en lugar de sangre. Martirio de sangre, el de aquél que la derrama por confesar a Cristo, martirio blanco, cuando sentimos los cristianos que la espada del dolor nos traspasa el alma por medio de las contrariedades de la vida, las injusticias, la traición. Martirio blanco de lucha interior para vivir en santidad, muriendo al hombre viejo para dejar vivir el hombre nuevo.

Martirio de morir a uno mismo cada día, amando al prójimo, el que nos toca vivir a la mayoría de nosotros.

Ella tuvo la ocasión de testimoniar su fe por el derramamiento de sangre. Y al punto, leche blanca y pura, signo de las delicias celestiales gustadas ya, aquí en la tierra, por quien estaba unida al cielo.

¡O cabeza helada y fría,
o vida tan mal lograda,

con filos de aguda espada!
¡O Rosa de Alejandría
antes de sazón cortada!
¿Cuándo se vio compostura tal
en humana criatura,
que su cerviz se desangre
vertiendo en lugar de sangre
leche tan blanca y tan pura?.
¡O prodigio celestial
tan nuevo en naturaleza
que por su grande extrañeza
no es indicio y señal
de su virginal pureza.

Espíritus soberanos,
salid alegres y ufanos
a recibir tan pura alma
y la victoriosa palma
poned en sus castas manos.

¡O vírgenes sacrosantas
que guardasteis con decoro
en barro vuestro tesoro,
y ya con gloriosas plantas
pisáis esas plazas de oro,
salid, salid hoy gozosas
esparciendo al cielo rosas
y en esos castos jardines
de azucenas y jazmines
tejed guirnaldas gloriosas.

O Chatarina dichosa,
en nuestra clara región
tomad feliz posesión
de aquella silla gloriosa
que se os debe con razón.
Gozaos con vida inmortal

en palacio celestial
sin temer mudanza alguna
poniendo sobre la luna
eterno *vuestro* sitio.

Virgíneo cuerpo dichoso,
cuya ánima generosa
en el tálamo reposa
de *vuestro* divino esposo
de boda eterna y gloriosa,
esta guirnalda os envía
el mismo que os atavía
de otras flores en el cielo
que no las marchita el hielo
de humana descortesía.

Vuestro esposo celestial
hoy muy ufano adereza
y corona tu cabeza
con la guirnalda inmortal
que él compone y adereza.
Y aunque en tan dichoso día
en señal de su alegría
con mil flores la hermosea
pero entre todas campea
la Rosa de Alejandría.

“Sangre de mártires, semilla de cristianos”, así los expresó en el año 197, Tertuliano, una convicción de fe de los primeros cristianos, que se basa en el mismo Jesús, quien refiriéndose a su muerte redentora dice: “Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto”. Los mártires, no han hecho más que recorrer el camino abierto por Jesús al decir de sí mismo: “Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida”.

Para el mártir, perder la vida por dar testimonio de Jesús, es una ganancia, pues obtiene la vida eterna. Pero es también una ganancia para la Iglesia, que recibe así nuevos hijos. Juan Pablo

II, en el año del Gran Jubileo, dijo en el Coliseo: *“Permanezca viva, en el siglo y el milenio que acaban de comenzar, la memoria de estos nuestros hermanos y hermanas. Es más, ¡que crezca! Que se transmita de generación en generación, para que de ella brote una profunda renovación cristiana.”*

Cristianos de Jaén,
hagamos memoria pues,
de la semilla sembrada,
de la sangre derramada
por los hombres y mujeres de fe.
Eufrasio, varón apostólico
Obispo mártir, fue el primero,
frente al romano imperio,
confesó al Dios verdadero.
Bonoso, Maximiano,
Potenciana, y tantos otros
que la tierra de olivos nutrieron
para una Iglesia de nuevos frutos,
que luz de sol diera
ocultando la medialuna,
con nuevos mártires,
como el Obispo Pedro.
Gloria de los santos,
que en nuestro tiempo,
entre las áureas mieses de la historia,
como sangrientas amapolas, las batallas,
testigos de Cristo, Basulto y compañeros,
pasaron al coro de los ángeles
para alabar por la eternidad al Cordero.
Santa Catalina de Alejandría,
que desde el Sinaí aguardas
la victoria final del esposo
intercede por nos, tu santo pueblo,
no dejes de ser madre en la gloria
de los hombres que luchan con anhelo,
ante Dios vuestro amor haga memoria
de los hijos que esperan ir al cielo.
Jaén, eleva tu mirada hacia el Cerro,

y que vivan los recuerdos,
alza como antorcha tu corazón,
y despierta con nueva luz
junto al monte de la Cruz.

¡Viva Santa Catalina!
¡Viva la Patrona de Jaén!
¡Viva la ciudad de Jaén!
¡Viva Santa Catalina de Alejandría!